

YENDO

NARRATIVA

2/5/2017

VELÁZQUEZ



Te deseo "que tengas un buen día" bien temprano cada mañana. No busco hacer buena letra ni estimular el karma positivo; lo hago porque me reflejo en tu humor a medida que transcurren los minutos. Si tu semblante etéreo puede rozarme, quizás...

Claro, ese deseo viaja a través de un mensaje por el teléfono móvil: la respuesta será en diferido y yo ya estaré pensando en otra cosa o mirando de cerca otros problemas, en el ceremonial encuentro entre mi razón capitalista y mis pasiones de izquierda.

Entonces te lo deseo, "que tengas un buen día", y me quedo esperando sin esperar. Porque te conozco tanto de haberte leído como a un manual y de ser un estudioso de tus movimientos, que no me atrevo a alterar esta danza tanguera: dos pasos hacia adelante y hago girar a mi compañera por el suelo, lustro el parqué, la levanto y caminamos apurados en retroceso, la traigo hasta mi pecho mientras le apreto el pelo condensado en una cola de caballo interminable y ella me respira cerquita de la boca, porque sabemos que en los papeles el tango es así, y nos agitamos a propósito culpa del beso en suspenso, porque no hay tiempo, ahora es obligatorio revolear las piernas de un lado hacia el otro, dibujar pentagramas invertidos en el piso, y después borrarlos cual escobas, y después dibujarlos de nuevo.

Así es con vos.

A media mañana mis sentidos te reclaman. Todavía no metabolicé la conversación de anoche y mi estómago ya quiere procesar una nueva respuesta fresca, un problema irresoluto, tu crisis repentina, una queja insolente (tu marca indeleble), tu convicción - reiterada e inexpugnable - acerca de cuán abajo puedo llegar con mis labios recorriéndote el cuerpo, desde tu cuello hasta donde suenan las alarmas.

Ermitaño y masoquista, te permito que me dejes en un segundo plano. ¿Cómo alguien con tu capacidad intelectual y tu curiosidad sin límites puede signar su desarrollo matutino a un recado descorazonado, despersonalizado, de réplica menesterosa? No, es imposible. Por eso me reprimo y me rasguño por dentro. Estás ocupada y yo también, pero no me importa porque nunca fui de hacer listas ni establecer prioridades.

Pienso en las deudas que tengo que pagar este mes. Son escasas, pero reales. Y ejecutan un software en mi cerebro desarrollado en base a mis inseguridades: qué pasaría si algún día no puedo comprarte un regalo. No tiene que ser necesariamente este año ni esta vida.

Vuelvo a pensar en los papeles y en el trabajo administrativo. Me rescata por un momento del desasosiego.

Cuando suena el celular, se pone en marcha mi actuación más peligrosa y de repente soy Al Pacino con gesto adusto, desinteresado, hasta molesto por la interrupción. Chequeo las novedades. No sos vos. No estás ahí. Es un vendedor de algo que no me interesa o una noticia sobre algo que no me importa o un avance tecnológico que no me afecta.

Te extraño, pero no lo digo. Te necesito, pero me esquivo.

También te sueño despierto: el fin de semana pasado, para mí, fue la gloria.

Mi corto entendimiento ni siquiera alcanza para explicarles a mis amigos más allegados cómo funciona ese mecanismo impertinente de la sonrisa delatora. Es que te veo y quedo mandibuleando respuestas ingeniosas cual muñeco de ventrilocuo.

Te sueño despierto, te sueño acostada: fluimos desde el respaldar de tu cama hasta ese chistoso accesorio de lana al final del colchón, que me dijiste cómo se llama, pero no me acuerdo porque no me importó saberlo en ese instante y hoy me parece lo más relevante del mundo. Desde las hornallas que nos olvidamos encendidas cuando saqué la pava con agua caliente para tu té de tilo y mi café instantáneo, vencido o húmedo (no supe bien la variedad) pero lo estaba tomando en tu taza, en tu departamento, acompañado por tu figura y Octavio, tu pulpo de peluche, mientras afuera llovía y cada alero era un refugio. Desde la música celta que pusimos para ambientar unos frugales catorce minutos de estudio hasta la película que parecía nunca llegar al clímax, a diferencia de nosotros que ignorábamos los diálogos y los subtítulos, porque nuestras mentes estaban ocupadas manejando las lenguas, indicándoles dónde y cómo y hasta cuándo.

Desde tu mirada cuando decidís cortar el beso apasionado: abrís lentamente los párpados, sonreís porque así tu itinerario lo indica, me pedís perdón por ser como sos lo cual me parece absurdo si tenemos en cuenta que en tu abrazo yo dejo de sufrir para ser feliz, es mi techo, no hay dudas, no hay penas, no hay clientes enojados ni piernas cansadas, ni estrés ni canas ni turnos del psicólogo.

Desde el respaldar de tu cama hasta la gloria, entonces.

El primer día dejaste claro que las excusas no son tu estilo y que la mentira existe, pero que no la preferís. Yo asumí que era postura, porque casi no nos conocíamos y estaba tan nervioso que cuando me pediste que apoyemos las manos –simplemente te vi levantarla e intuí que necesitabas correspondencia- ni siquiera podía pensar en “esta es la señal” o “ahora viene el beso”. Esta vez todo parecía ser sin querer y de repente nada era tan igual, tan mecánico, tan escrito.

Nunca poseí una historia de primera vez tan pulcra. Te idolatro a sabiendas, quizás, de que fue ese momento de madurez el que me tatuaste en el dorso de la mano, como un grafiti que me recuerda cosas importantes en días de rutina, en tardes de deceso, en noches de progreso. Nada más aburrido que el progreso.

Desde ese primer día, pasando por el respaldar de tu cama, hasta la gloria.

Hasta despabilarme.

Hasta que en un momento, la notificación sí corresponde a un mensaje tuyo. Ni siquiera me respondes “buen día para vos también”, sino que te salteás el protocolo nupcial y hacés un descargo ético sobre el rol de las Universidades en el fomento de los proyectos de investigación o bien de lo caro que te sale comer un choripán a orillas del río, que son unos delincuentes, pero que está bien, que lo entendés porque

no tuvieron tu suerte y al final les compraste tres cilindros compactos 60% cerdo, 30% vaca, 10% religión.

Me enojo y suelto el aparato con violencia sobre el escritorio.

Decido irme hasta el baño a mojarme un poco la cara, acomodarme el pelo que todavía parece estar depositado en la almohada, quitarme las lagañas para agudizar la vista y despejarme las dudas aunque sea por una hora. Pero no llego ni al minuto y medio.

Otra vez me quedo embobado imaginando tu quehacer: cuánto te reíste con alguien hoy, cuántas veces insultaste al aire sin motivo aparente, cuánto te importó un corno el panegírico del profesor Bermúdez, "cuánto lápiz labial puede ponerse esa ridícula".

Cuando me doy cuenta que ya es la tarde, el espejismo de la distancia comienza a aparecer como una pintura al óleo, proceso inverso al retrato de Gray.

Palpo los kilómetros que nos separan que si bien son breves, interrumpen nuestro tango. Esa distancia, prefiero trotarla: hoy es mi deber más urgente, mi recreo más anhelado. Espero que ayude a inspirarme para que después no sea tan complicado dormir de noche, aunque parezca absurdo. Me da motivos para estar cansado y me seca los lagrimales. Activa algunas partes de mi cerebro que se quedan dormidas durante gran parte del día, todos los días, y de repente soy más elocuente a la hora de dar un discurso sobre cualquier cosa. Impresiono a tu familia. Vos me admirarías si pudieras pensar lo que pienso cuando estoy trotando.

El inconveniente es que siempre te estás yendo.

No importa si me porté bien, si nos reímos mucho, si hice lo que pude con el pollo a la cacerola.

En presente perfecto simple castellanizado: te estás yendo.

En loop interminable, en bucle definitivo.

En prosa sin punto y coma; en verso sin consonancia.

Un idioma que no puedo asimilar: el de tu espalda y el saludo equivocado.

Mi propia inexperiencia vaticina lo peor. En suma, mi psiquis observa los destellos de la angustia por venir, del llanto por quedarse.

La sensación que sobrevuela: "no fue suficiente"; y humillarse en una súplica obvia, astuta, negligente, impertinente, absurda, sucia, sincera.

Porque el destino, el futuro, la espera y el mate lavado.

Porque mis "qué sé yo" pierden efectividad en tu propuesta.

¿Qué argumento esgrimir cuando te estás yendo? "¡Soy débil, soy frágil, soy sensible, esperá!" No, no es de hombre. ¿Quién escribió los diez mandamientos del género? ¿Quién los mandó a imprimir y quién los difundió? Ahora me determinan y no me

dejan, al menos no en público, gritarte que no, que no es ahora, que tenés que quedarte para verme reír de tus chistes, para acariciar a tu perro, para felicitar me porque puedo bicicletear un par de cuerdas sin trastabillar.

Cualquier excusa es válida para que no te estés yendo.

Porque la suerte, la correspondencia de los cuerpos, el mar de madrugada o el morro en soledad.

Te vas y me aterra, a pesar de la sonrisa de costado y el pocito.

Nada ha sido superado.

En cambio, todo parece estar enterrado en la carne, en los besos, en las fotos con flash sin retoques digitales. Está grabado en los huesos.

Te deseo "que tengas un buen día" y en realidad pretendo esputar una confesión visceral: nada puede ser bueno si no estás conmigo. La irrefutable condición de efimeridad que tiñe a los relojes arroja datos menos certeros, pero más crudos (para el caso, funciona mejor). Ayer, hace 10 horas, llorabas en mi hombro y me pedías comprensión, apelando a mi hidalguía que reside en lo más hondo, "que sólo conozco yo"; me relatabas historias dolorosas, suplicabas cercanía, te refregabas los ojos rojos con el puño del pijama gris. Veía todo en colores hace 10 horas y ahora, "que tengas un buen día" es lo más parecido a la lluvia de invierno que se me ocurre.

Porque te estás yendo; en cambio, retornan los fantasmas. Un viaje, la pérdida, la separación, el reencuentro tenso y extraño, la conexión inalámbrica, otro viaje, ambiciones, corto-circuitos, herejías trasatlánticas.

En mi cabeza, nunca estás del todo donde quisiera que estés.

Te vas hoy, pero ya te fuiste antes de ayer, y en esa injusticia pervive el calvario esperanzado de la justificación inentendible: lo que, en algún punto, hace mal ¿está justificado?

¿Tiene recompensas palpables?

Peor aún: ¿alguna vez me importó? ¿Acaso no se ama al ciento por ciento, o no se ama en absoluto?

Me reconozco tácito, implícito y omitido.

Mi error sensorial encalla en tu puerto y se queda varado hasta que te vas.

Otra vez es miedo.

Pero eso no se dice. Estas cosas no se escriben. Se mastican, se reprimen.

Incontinencia del tiempo y del espacio y de la mentira y de la verdad irresuelta.

Te estás yendo y me importa, me paraliza.

Te estás yendo y me exijo fortaleza.

Yo siempre me quedo: puedo esperarte al regreso.

Te estás yendo... y te lo agradezco, porque no hay nada mejor que volver a vernos.